

Visión de España a través de los extranjeros (*)

JUAN ROS GARCÍA

Es frecuente en los autores españoles, y en todos los autores en general, expresar su opinión sobre un país, su país, a través de la opinión que los extranjeros tienen o manifiestan de ese país. Esto permite al autor un distanciamiento, una lejanía, una profundidad que se puede utilizar para conseguir una perspectiva distinta, inusual. Puede el autor sentirse solidario con la opinión que los extranjeros tienen de un problema; puede también sentirse disconforme con esa opinión, y puede incluso, forzar la opinión del extranjero, haciendo que «vea» las cosas, no como son, sino como él quiere que sean. Tenemos entonces una dualidad «ser-parecer», que puede llevar al autor a inventar o imaginar unos personajes que «viajen» y que «opinen» sobre un tema o sobre cualquier problema. Puede incluso presentar una cuestión, un problema, haciendo que el extranjero, aquí o allá, tenga la visión que el autor quiere que tenga.

En la literatura española tenemos abundantes muestras de lo anteriormente dicho. Sabemos que no es lo mismo «ser» que «parecer». En los textos cervantinos nos trope-

(*) Comunicación presentada en el «Curso de Lengua y Cultura Españolas». Organizado por el Consejo de Europa y El Ministerio de Educación y Ciencia, se celebró en Madrid los días 10-14 de Noviembre de 1986.

zamos con la dualidad ser/parecer, en todo tipo de aventuras, molinos/gigantes, rebaños/ejércitos, e, incluso, en la valoración de las opiniones que ambos protagonistas manifiestan. (piénsese en los consejos que D. Quijote da a Sancho antes de nombrarle gobernador de la Insula, o el episodio del caballo Clavileño) (1).

Es también frecuente que el autor recurra a los «viajes» para manifestar esta crítica (piénsese en los Viajes de Gulliver que sirven a su autor para criticar la sociedad inglesa) o que recurra a las «cartas» para idéntico fin.

Los viajes pueden ser ficticios, como el citado de Gulliver, o reales; y el autor utiliza, selecciona, sus opiniones y las opiniones que los viajeros expresan para afirmar sus propias ideas, para resaltar algún detalle, o para sumarlas a sus propias críticas y conseguir su propósito, con la autoridad que le dan los extranjeros.

Así mismo las «cartas» pueden ser verdaderas (opiniones que unos personajes cuentan, por escrito, a otros, manifestando su conformidad/disconformidad, sobre algo) o ficticias, literarias. Es decir, el autor «supone», encuentra, conoce, inventa, en una palabra, una correspondencia que uno, o varios personajes, remiten al autor y que le sirven igualmente para ejercer su crítica.

Dentro de este segundo caso, que es el que más nos interesa, incluiremos las Cartas Persas de Montesquieu, las Cartas Marruecas, las Cartas Finlandesas, etc.

Ya el Padre Feijoo había utilizado esta técnica. Se imagina el ilustrado autor de nuestro siglo XVIII que el lector le pregunta sobre algo y él «descubre» las soluciones a sus problemas contestándole en forma de Carta. De esta forma el Padre Feijoo nos transmite su opinión sobre mil asuntos tan variados como peregrinos, asuntos que van desde el descubrimiento de la circulación de la sangre, multitud de milagros o preferencias personales de la vida provinciana, frente a la vida palaciega (2).

Cadalso recurre a la literatura de Cartas para expresar su crítica. Consciente de que este género no es tan frecuente en España «Sería increíble el título de Cartas Persianas, Turcas o Chinescas escritas de este lado de los Pirineos» (3), recurre a la invención: «La suerte quiso que por muerte de un conocido mío cayese en mis manos un manuscrito, cuyo título es: Cartas escritas...». Gazel escribe a Ben-Beley, éste le contesta y algunas veces interviene Nuño, terciando en la correspondencia. Son, pues, tres perspectivas distintas (4).

El análisis de las cartas de Cadalso sería enormemente sabroso, pero nos llevaría muy lejos. Aunque al final aludiremos a algún punto concreto no renuncio a reproducir la opinión que le merecen a Azorín (5) algunos aspectos tratados por Cadalso: «Ya el autor, en el prólogo de su obra, trata de concretar bien esta posición suya entre lo antiguo y lo moderno, lo nacional y lo extranjero. En otro pasaje de su libro (Carta

(1) La bibliografía sobre el doble plano cervantino es casi innumerable. Cfr. ANGEL DEL RÍO, «El equívoco del Quijote» en *Hispanic Review*, núm. 2 abril 1959, pp. 200-201, ALBERTO NAVARRO GONZÁLEZ, «La locura quijotesca» en *Anales Cervantinos*, I 1951 pp. 273-294.

(2) Véase FEIJOO, B., *Cartas Eruditas y Curiosas*. Madrid, Herederos de Francisco del Hierro, 1751. Cuatro volúmenes. Pueden verse igualmente otras ediciones más asequibles. Cfr. MILLARES CARLO. Madrid, Espasa-Calpe, 1958.

(3) *Cartas Marruecas*. Introducción. Madrid. Saturnino Calleja 1917. p.15.

(4) BAQUERO GOYANES, MARIANO, *Perspectivismo y contraste*. Madrid, Gredos, 1963. En este libro analiza Baquero en profundidad el papel íntegro de las *Cartas Marruecas*, como obra prespectivística.

(5) AZORÍN. Prólogo a cit. Edi. de Saturnino Calleja.

XXIX), entre un apologista incondicional de todas las cosas de España -literatura, trajes, etc.- y un francés a quien no le gusta nuestro teatro clásico, se queda con este último. «Más quiero a mi francés que nos dijo ayer haber leído 1.400 comedias españolas y no haber hallado una escena regular» (6).

Cadalso vive, no olvidemos en la segunda mitad del siglo XVIII (1741-1782). Ha vivido la influencia que una monarquía borbónica instaurada en 1701 ha procurado consolidar. La fama anterior de España no era precisamente muy halagadora: obscurantismo, Inquisición, Leyenda negra, incultura, etc... Frente a esto el orgullo español. Cadalso intenta poner las cosas en su sitio mediante la crítica.

Mariano José de Larra, cuya vida ocupa el primer tercio del siglo XIX (1809-1837) intenta solucionar los males de España de la misma forma que Cadalso, mediante la crítica. Si Cadalso ha elegido, las Cartas, Larra elige la opinión del viajero, del extranjero que, en España, contrasta sus opiniones con la realidad.

Al criticar la pereza -pecado endémico de los españoles, al decir de la época- dice Larra:

«...se presentó en mi casa un extranjero de estos que en buena o mala parte han de tener siempre de nuestro país una idea exagerada o hiperbólica; de éstos que, o creen que los hombres de aquí son todavía los espléndidos, francos y generosos caballeros, seres de hace dos siglos, o que son aún las tribus nómadas del otro lado del Atlante...»

Ya tenemos establecida la dualidad: piensan de nosotros o lo mejor, o lo peor. Se ha producido un cambio, o se está produciendo. Efectivamente el siglo XIX es el siglo en el que «lo español» está de moda. Sería inútil destacar, por conocido, que los argumentos de gran parte de las obras y que los héroes de muchas de esas obras son españoles. Así el *Hernani* o el *Ruy Blas*, de Victor Hugo, cuyas Orientales están impregnadas de la influencia que en él produjo el año que pasó en España. Así «España» de Gautier, o *Contes d'Espagne et d'Italie*.

Estas obras no son, en general, otra cosa que continuar lo iniciado por Chateaubriand, quien en 1826 publica una breve novela, «El último abencerraje». El «último abencerraje» era el sedimento de sus impresiones en España. A la vuelta del viaje que narra en su «Itinerario» (Grecia, Constantinopla, Palestina, Egipto, Túnez), Chateaubriand vuelve a Francia pasando por España. No incluye sus impresiones en el «Itinerario», ni en los «Mártires», pero da una visión, en la novela, de España, orientalizada, medievalizada, a la vez que pone de moda un nuevo género de relato: el libro de viaje.

Este gusto francés por lo español, se mantendrá de forma ininterrumpida: George Sand, Merimée, Malraux, Bernanos, etc.

El libro de viajes, los viajes por España, el vivir en España, se ponen de moda en todo el XIX. Autores de todas las nacionalidades recorren España, y, lo que es más importante, plasman sus impresiones en itinerarios, memorias, libros de viaje, etc. El tema es apasionante. No obstante renunciemos a hacer una aproximación.

La bibliografía sobre los libros de viajes es cada vez más numerosa, y encuentra siempre un público fiel. Hay que hacer constar que no son sólo los extranjeros los que viajan por España, sino que también los españoles viajan por España e, incluso, por países distintos, de forma que ellos también son considerados fuente para el estudio y conocimiento de nuestro país.

(6) Azorín. ob. cit. p. 10.

Recientemente, el día 5 de este mismo mes (noviembre de 1986), TVE, en el programa de UHF, puso un tema titulado «El camino de España». En él se señalaba la fascinación que España ha ejercido siempre sobre escritores, pintores y artistas que han tratado temas españoles, han visitado España o han fijado aquí su residencia.

El programa era demasiado favorable a España. Como diría Larra era de los que creía que «siempre éramos lo mejor». Conviene traer aquí la opinión de Cadalso:

«...Como los autores por los cuales he leído esta serie de prodigios son todos españoles, la imparcialidad que profeso pide también que lea lo escrito por los extranjeros. Luego sacaré una razón media entre lo que digan éstos y aquéllos, y creo que en ella podré fundar el dictamen más sano...» (7).

Uno de los autores extranjeros que caracteriza imparcialmente (según él), parcialmente según su traductor, es Timón (8).

S. Saenz Romero dice en una nota al capítulo «Las orillas del Manzanares»:

«Oh Fatalidad. Ese mismo Timón, que tan imparcial y concienzudo se muestra en sus observaciones de viajero, que con tanta profundidad ha sabido estudiar las cosas ocultas de nuestro país en el corto tiempo que ha residido entre nosotros, no acierta a ver con claridad los objetos ostensibles y crece de buena fe que la corriente del Ródano y del Sena es más clara y cristalina que la del Guadalquivir, Tajo y Manzanares» (9).

El recorrido que Timón efectúa por España hace que, después, no sepa qué cosas le han gustado más:

Y he aquí que mi grande apuro es ahora no saber a cuál dar la preferencia entre tantas bellezas naturales y tantas maravillas del arte como se aglomeran en mi memoria...

Serás tú, cielo de Andalucía? Seréis vosotros, montes Pirineos...? Barcelona...? Valencia...? Cartagena...? Cádiz...? Sevilla...? Córdoba...? Toledo...?» (10).

La opinión que Timón tiene de los españoles no es excesivamente buena:

«...Lo cierto es que no hay pueblo en la tierra más taciturno, más pasivo, menos entusiasta y menos romanesco que el español... los españoles no son, en rigor, hombres del Mediodía, son más bien del África que empieza, que de la Europa que acaba; la mitad de su sangre es africana, el sol de España es sol africano, los españoles tienen la indolencia de los orientales, su misma indiferencia hacia el porvenir, su carácter grave, su aspecto taciturno...» (11).

Las españolas, en cambio, le merecen mejor consideración. No son tan coquetas como las francesas. «Las hermosas que florecen en Andalucía... son de pequeña estatura y de elegante cuello; tienen los brazos torneados, los dedos delicados y finos, los pies breves, y el cabello: qué cabello: y la sonrisa... Su dentadura más blanca que el marfil; sus ojos como de fuego y rodeados de largas pestañas tienen una suavidad penetrante...» (12).

(7) *Cartas Marruecas*. V. Ed.c. p. 42.

(8) *Libro de los Oradores*, Por Timon, traducido por D. S. Saenz Romero, Madrid 1861. 2 tomos. Timon es un seudónimo, según el traductor.

(9) Ob. cit. tomo II, p. 224, nota.

(10) Ob. cit. pp. 243 y ss.

(11) Timon. Ob. cit. p. 245.

(12) Idem. Ob. cit. p. 246.

Es curioso constatar cómo el viajero francés describe a la mujer española: la mayor parte de los rasgos ya los pedía para ella el Arcipreste de Hita (13).

«Busca mujer esbelta, de cabeza pequeña,
cabellos amarillos, no teñidos de alheña;
las cejas apartadas, largas, altas, en peña;
ancheta de caderas, ésta es talla de dueña.
Ojos grandes, hermosos, expresivos, lucientes
y con largas pestañas, bien claros y rientes;
las orejas pequeñas, delgadas; para mientes
si tiene el cuello alto, así gusta a las gentes.
La nariz afilada, los dientes menudillos,
iguales y muy blancos, un poco apartadillos...»

No sería sólo el físico de la mujer española lo que describen casi igual el Arcipreste y Timón. Véanse, por ejemplo las estrofas 168-69 del Arcipreste.

«Mujer de buen linaje y de mucha nobleza,
las artes femeniles sabe con sutileza;
cuerda, de muy buen seso, no conoce vileza;
a otras ya entendidas enseña con destreza.
De talla muy apuesta y de gesto amorosa,
atrayente, lozana, placentera y hermosa,
cortés y mesurada, halagüeña, donosa,
graciosa, mereciente de amor en toda cosa».

Compárese con lo que dice Timón:

«Para ellas el suspiro es la plegaria; para ellas la religión es el amor; finalmente, el amor para ellas es la vida, el único objeto de la vida: Las españolas... son afectuosas, sensibles, madres tiernas, esposas leales...» (págs. 246-47).

Hacia finales de siglo, Angel Ganivet ordena algunas cartas que había ido publicando en la prensa, y las publica en un libro que llama *Cartas Finlandesas*. En él Ganivet, con la excusa de contestar a algunos amigos de la ilustre y desconocida Cofradía del Avellano, para satisfacer su curiosidad hablándoles de Finlandia, pasa revista «desde fuera» pero con mentalidad «desde dentro» a los problemas de España, e incluso, a las costumbres españolas. Va comparando la vida española con la finlandesa.

La mujer finlandesa, frente a la española (cap. VIII), es más libre, más independiente, más culta, más liberada, posee títulos académicos... pero «mi opinión estética sobre estas mujeres... cabe asegurar sin temor, con la conciencia tranquila, que la finlandesa en estado de reposo es bastante deficiente, o mejor dicho, poco apetitosa, y que en movimiento gana mucho más, porque, si bien carece de gracia, tiene fuerza y agilidad...» (14).

Pero, ¿qué opinan los finlandeses de España? Dice Ganivet que casi todos los finlandeses tienen ideas más o menos disparatadas sobre España, pero casi nadie ha via-

(13) *Libro de Buen Amor*. Castalia. Col. Odre Nuevos. Estrofas 432 y ss. pp. 89-90.

(14) GANIVET, A. *Cartas Finlandesas*. Aguilar 1961. Tomo I. p. 746.

jado por España. Todos los finlandeses recurren al libro «Impresiones de un pintor, de Lundgren, Italia y España». Estocolmo 1882.

Lundgren visita España a mediados del siglo XIX. Barcelona, Valencia, Málaga, tocando brevemente Alicante, Cartagena, Almería, Málaga, Granada (magnífica impresión de la Alhambra), Cádiz, Sevilla, Córdoba, etc. El viaje va lleno de connotaciones culturales, históricas e incluso folklóricas.

Ganivet va pasando la mirada crítica sobre el libro de Lundgren, y le reprocha su falta de entusiasmo, su cortedad de miras. No obstante parece como si todos estos viajes estuviesen programados y organizados por una misma agencia de viajes: todos van a los mismos sitios todos ven las mismas cosas y todos, casi sienten y piensan lo mismo. Parece como si el tiempo no pasase y Cadalso, Timón y Lundgren fuesen compañeros en un mismo viaje.

Este recurso, el viaje o la carta, producen efectos perspectivísticos de gran efectividad cuando el autor se coloca en una perspectiva irónica. Por ejemplo en *Sender*. Contrapone el autor una mentalidad americana a la española, y concretamente a la sevillana. Nancy prepara su tesis y convive con los gitanos. Su información será —como ella dice— de primera mano. Su opinión del mundo español es trepidante, irónica, en un mundo caótico —para ella—, que tendrá que aprender el contexto de las palabras y las situaciones. (Recuérdese la aventura en el cine, o Nancy y la flor) (15).

De regreso a su país Nancy redacta su tesis, y nuevamente recurre el autor —*Sender*— a la utilización del testimonio de un viajero. Nancy traduce un texto de Borrow (16) relativo al mundo de los gitanos. El conocimiento parcial que nos aporta Nancy de la realidad española y del mundo de los gitanos, es la que *Sender* quiere que nos dé. El se ha colocado, mejor, ha colocado a Nancy en una postura con visión irónica y, a veces, esperpéntica, incluso más esperpéntica que la que dio el propio Borrow (17).

Quisiera terminar este breve esbozo de lo que opinan de España fuera de España, aludiendo a uno de nuestros espectáculos típicos y más profundamente enraizados. No hace mucho, con motivo del ingreso de España en la Comunidad Económica Europea saltó a las primeras páginas de la prensa española y europea este tema. ¿Es posible que se mantenga un espectáculo tan sangriento como los toros? ¿Puede una nación civilizada defender, organizar, autorizar o permitir semejante espectáculo?

No pensamos intervenir en este tema. Se pueden presentar argumentos literarios de grandes autores a favor o en contra del tema. Una cosa conviene aclarar: el tema no es nuevo. ¿Qué opinan los extranjeros de los toros a su paso por España?

Limitaremos la opinión a los autores ya citados. Cadalso pone en boca de Gazel, en la carta LXXII, lo siguiente:

«Hoy he asistido por mañana y tarde a la mayor diversión de los españoles, que te contaré cuando esté mi mente más capaz para ello. Hablo de lo que llaman corridas de toros, que, según todo autor extranjero, y según todo hombre sensato, es diversión de gentiles, pues consiste en ver exponer la vida de los hombres, fiada sólo en lo que con

(15) RAMÓN L. SENDER. *La tesis de Nancy*. Novelas y Cuentos 1969. p. 65.

(16) BORROW, GEORGE, fue un escritor y viajero inglés que se estableció en España en 1835 y se dedicó a estudiar el mundo gitano, llegando a traducir al caló el Evangelio de San Lucas. Obras; Los gitanos en España. La Biblia en España. Y el caballero gitano.

(17) RAMÓN J. SENDER. *Nancy, doctora en Gitanería*. Novelas y Cuentos 1974. pp. 33 y ss.

mayor razón merece el nombre de barbaridad que de habilidad en jugar con semejantes fieras. Desde ahora te puedo asegurar que ya no me parecen extrañas las mortandades de abuelos nuestros que dicen sus historias en las batallas de Clavijo, Salado, Navas y otras, si las ejecutaron hombres ajenos de todo lujo, austeros de costumbres, y acostumbrados desde niños a pagar dinero por ver derramar sangre, teniendo esto por diversión, y aún por ocupación dignísima de los primeros nobles. Esta especie de barbaridad los hacía sin duda feroces, acostumbrándolos a divertirse con lo que suele causar desmayos a hombres de mucho valor la primera vez que asisten a este espectáculo» (18).

Cadalso expresa la opinión de Gazel, un árabe, que compara y excusa sangrientas batallas al conocer el espectáculo de los toros. Evita, no obstante, una condenación más explícita.

Timón, que enjuicia todo lo español, en el citado artículo «Las orillas del Manzanares», las describe con todo lujo de detalles:

«...vamos a hablar de fiestas y regocijos... lo que es verdaderamente nacional y digno de un pueblo grande, son las corridas de toros; así lo dicen Uds. por lo menos, que por mi parte, como no soy español, sólo he visto una corrida, y me ha sobrado más de la mitad.»

«Qué espectáculo: Un circo enorme en el centro de un anfiteatro con graderías, donde 10.000 hombres con niños y mujeres están apiñados formando marejadas: Cae el sol a plomo... abrasa la atmósfera... parece exhalar un olor de sangre y de carnicería... allí los españoles... se animan y se encienden... saltan y se agitan, todos vociferan y hacen estremecer los bancos de madera: es un pueblo entero que goza a un tiempo y que delira.»

«Abrese de repente la barrera, sale el toro a la arena y corre saltando... Primero está atolondrado, luego se irrita y escarba con la pezuña en la arena... brillan sus ojos, y arranca de repente contra sus enemigos...»

«Un par de donquijotes encaramados en sus rocinantes con los ojos tapados, se le ponen delante a darle pinchazos en el cuello con sus picas; y cuando el toro se digna arrojar sobre ellos, hace rodar en el polvo jinetes y monturas... Los banderilleros y capeadores cubiertos de cintajos... le clavan dardos agudos que le desgarran la piel y los tejidos tiñéndose de negra sangre; el animal bufa, levanta al cielo su hocico humeante, sus pechos se estremecen y procura en vano sacudirse las agudas puntas que lleva clavadas...»

«... sale un espada... después de saludar... de anunciar un brindis, se pone delante del toro y le hunde en la cerviz el acero... Sus movimientos se entorpecen, agótanse sus fuerzas, apáganse sus ojos y quedan sus astas inmóviles de entumecimiento y de dolor; revuélvese trabajosamente, intenta en vano saltar la barrera, y vuelve a caer moribundo; lanza entonces al viento espantosos bramidos, y al morir, le responden diez mil voces con aullidos aún más espantosos; llega el cachetero y le da el último golpe...»

Es emocionante la patética descripción que hace Timón de la corrida de toros. Parece increíble que asistiese a una sola, por la cantidad de matices que percibe, Su opinión no es de extrañar:

«Las corridas de toros son el baldón del clero español. Golpear a los animales y matarlos para alimentarlos... pero, golpearlos, azuzarlos, martirizarlos y matarlos para hacerlos sufrir, es violar la ley de Dios...» (19).

(18) Cadalso. Ed. cit. pp. 255-56.

(19) Timon. Ob. cit. pp. 251-52.

Veamos finalmente cómo Ganivet comenta las notas e impresiones de Lundgren sobre las corridas de toros.

«Fue a la plaza a las cuatro... le llamó la atención la procesión de los toreros, describe los banderilleros y chulos, el espada, los picadores... Los banderilleros con sus pinchos delgados y cortos adornados de papel, que hacen al toro bramar de coraje, y por fin el matador... le clava el estoque en medio del corazón. El toro muere: bravos de las masas populares...»

«El público... estaba contentísimo por el buen rato que había disfrutado.. y yo hubiera sido considerado como hombre sin pizca de gusto si me hubiera atrevido a decir que el combate de toros no me había proporcionado ningún placer» (20).

La serenidad de Lundgren contrasta con la fogosidad de Timón. Ambos, al igual que Gazel enjuician una realidad española, desde distintos ángulos, desde distintas perspectivas.

Es así, como se va formando, a través de los extranjeros, la visión de España.

(20) Ganivet. Ob. cit. pp. 761-762.